

Entrevista: Jacobus de Waard Entre el caos, el orden de la ciencia

René Martínez Ydrogo

Comunicador Social. E-mail: reneydrogo@gmail.com

La Biotecnología lo trajo desde Holanda a Venezuela, donde la investigación y el contacto diario con decenas de pacientes, le han dado la satisfacción de llevar su conocimiento a la práctica en busca de soluciones a nuestros problemas de salud.

En una oficina tapizada de papeles -algunos son facturas, otros pedidos de compra, muchos teléfonos de contacto, reconocimientos, una fotocopia donde tal vez debería estar una fotografía, anaqueles repletos de libros y una jeringuilla de tuberculina a modo de chinche-, el doctor Jacobus de Waard se debate entre un caos producido por las interminables horas de trabajo que se suceden en este pequeño cubículo del Instituto de Biomedicina de la Universidad Central de Venezuela.

Cuando sólo tenía catorce años en el país, este holandés, biotecnólogo y PhD de la Universidad de Ámsterdam, tomó las riendas del Laboratorio de Tuberculosis en el Instituto de Biomedicina en 1999, a petición del doctor Jacinto Convit, director del mencionado Instituto.

“Llegué a Venezuela en 1992 a trabajar directamente en este instituto a través de un programa de Biotecnología auspiciado por la Universidad de las Naciones Unidas. Comencé haciendo un estudio de transmisión de tuberculosis en Caracas, que arrojó como resultado que esa enfermedad en la ciudad estaba fuera de control, indicando que el programa de profilaxis de la tuberculosis seguido por los organismos sanitarios no estaba dando los resultados esperados”, señala de Waard.

La investigación: complemento del diagnóstico

Este estudio captó la atención del doctor Convit, quien, llevado además por el interés de que se formase un grupo de estudio sobre micobacterias, colocó al frente de este laboratorio al doctor de Waard.

“En el laboratorio existen hoy dos corrientes de trabajo complementarias entre sí. La primera corresponde a una fase diagnóstica, ya que procesamos el 20% de las pruebas de tuberculosis en Caracas. Además, realizamos el diagnóstico de infecciones dermatológicas producidas por micobacterias atípicas. La segunda fase es la investigación, que está netamente dirigida a la búsqueda de mecanismos que puedan controlar la tuberculosis y que está apoyada directamente en el trabajo de diagnóstico del laboratorio. Debido a nuestro trabajo al procesar las muestras de pacientes afectados dermatológicamente, logramos identificar una especie de micobacteria nunca antes descrita y a la cual bautizamos irónicamente *Mycobacterium cosmeticum*, por haber estado relacionada directamente con infecciones

producidas por el uso indebido de la mesoterapia”, concluye de Waard.

Esta investigación fue publicada en el “International Journal of Systematic and Evolutionary Microbiology” en el año 2004, gracias al esfuerzo de los integrantes del laboratorio que lidera el doctor Jacobus de Waard. También han publicado en los últimos seis años más de veinte artículos a nivel internacional.

Gracias a la labor de quienes trabajan junto al biotecnólogo holandés -la microbióloga Ismar Rivera, Omaira de Mata, quien realiza el diagnóstico molecular y Teresita Bello, quien hace



el diagnóstico clásico de tuberculosis-, el Laboratorio de Tuberculosis del Instituto de Biomedicina recibe aproximadamente 6.000 pacientes al año, que acuden por pruebas diagnósticas relacionadas con la tuberculosis, micobacterias atípicas y más recientemente por infección con *Streptococcus pneumoniae*.

Investigación contra viento y marea

No es un secreto que las realidades a las que se enfrentan los investigadores en el campo de las Ciencias de la Salud son muy distintas cuando nos referimos a la ubicación geográfica. Infraestructura, recursos y tecnología, son sólo algunos aspectos que afectan el cómo y el por qué de una investigación.

“En Venezuela el verbo clave es improvisar. Tal vez sea el mayor reto del trabajo que hacemos. Muchas veces en el país detenemos nuestra labor porque un equipo se dañó y no hay otra vía para hacerlo. No. Debemos pensar cómo resolver el problema. Si se va la luz, aún hay procedimientos que se pueden hacer sin necesidad de energía eléctrica”, declara de Waard.

“Por ejemplo, nosotros usamos muchas técnicas de diagnóstico de Biología Molecular, que requieren una gran cantidad de la enzima TAC Polimerasa, que es muy costosa y regularmente es importada desde los Estados Unidos. Ya que gastábamos tanto en este insumo, decidimos buscar los métodos para producirla nosotros. En este momento la producción de TAC Polimerasa no sólo cubre las necesidades de nuestro laboratorio, sino que surtimos a otros laboratorios del país, con lo cual, el dinero producto de esa venta, cubre parte de nuestras necesidades”, concluye el doctor de Waard.

Recompensas de la ciencia

Para un investigador como el doctor de Waard, son muchas las horas que de lunes a lunes, días feriados y festivos, se pasa dentro de las mismas paredes que sirven de laboratorio, escritorio, comedor y por qué no, también de lugar de esparcimiento. Con jornadas diarias de doce o más horas, la vida personal se ve afectada sin lugar a dudas. Sin embargo, las satisfacciones para el científico y el humano no quedan relegadas, sino que se hacen presentes en la vida diaria.

“Publicar sobre temas muy prácticos; trabajar con estudiantes que se entusiasman y gradúan; la interacción con el público y saber que lo que hacemos aquí es investigación aplicable a la resolución inmediata de problemas, es mi mayor satisfacción. Puede que al final del día esté exhausto, sí, pero con la satisfacción de que ha sido un día de provecho; un día donde invertí muchísima energía positiva en ayudar a quienes lo necesitan”, reflexiona de Waard.

Son las seis de la tarde y llega el momento. Cuando el volumen de pacientes ha disminuido considerablemente, Jacobus de Waard se siente más productivo. Frente a una de las computadoras que parecieran nunca descansar dentro de su laboratorio, se sienta a escribir, a terminar un proyecto o a revisar un artículo interesante. Las horas siguen transcurriendo y puede que antes de retirarse tranquilo del laboratorio, una ojeada al reloj le diga que son las ocho o nueve de la noche.

Al salir del Instituto de Biomedicina donde ha contribuido a forjar investigaciones, amistades, anécdotas y ayudar a quien lo necesite, al doctor de Waard lo espera una buena cena y el alivio de haber invertido mucha energía en una excelente causa.